

El hombre y su historia

Escribe: **ARTURO LAGUADO**

La atracción que siguen ejerciendo sobre nosotros algunos personajes del Renacimiento, todavía sujetos a discusión, proviene especialmente de su fidelidad a sí mismos y de una libertad de movimientos sostenida a través de toda su existencia. El brillo de estos destinos, de estas admirables personalidades, depende sin duda, de su adaptación a los más fuertes impulsos de una sociedad repleta de savia nueva y vigorizada por las ideas de la antigüedad, como si la grandeza de esos recuerdos señalara la forma de un futuro aun más glorioso. Rotas las trabas que impedían al individuo cumplir su propio sino, debía producirse ese desbordamiento, solo comprensible por la sujeción a la cual estuvieron sometidas, durante siglos, la inteligencia y la conciencia humanas. Es entonces cuando se presenta la interminable teoría de destinos ilustres cuyo destello aún nos encandila. La historia de estos hombres, aislados de su medio, ha alcanzado las mayores deformaciones perdiendo su calor humano para convertirse en símbolo o leyenda. Sus pasiones, sus irritantes crueldades, escapan a veces a la justeza de nuestros conceptos; son hasta cierto punto, monstruos de una fuerza y de una perversidad inquietantes. La historia de las grandes familias del renacimiento italiano está poblada de personajes de esta clase. Pero ninguna de ellas representa mejor las corrientes profundas del "cinquecento", que los Borgias. En especial César y Lucrecia, quienes han llegado a ser los héroes preferidos de los más asombrosos folletines. Lucrecia se confunde con la imagen de una cortesana dominada por el fuego de una lujuria sin límites, cómplice activa de la muerte de sus dos primeros esposos y de un alto número de sus amantes ocasionales. Y César apenas alcanza la estatura de un sangriento aventurero. Estamos acostumbrados a aceptar estas simplificaciones, las cuales nos permiten comprender ciertos hechos sin mayores esfuerzos. Y es claro, nada es más ajeno a la historia de los hombres que la simplicidad.

La vida de César Borgia es la de alguien que parte lleno de posibilidades en persecución de un objetivo. Para el logro de sus propósitos se vale de los medios comúnmente empleados por los poderosos de su tiempo: envenenamientos, crímenes alevosos, engaños y traiciones. Pero César actúa con un desenfado que señores menos fuertes u osados no podrían permitirse. La diferencia entre sus crímenes y los de otros príncipes romanos solo estriba en detalles de procedimiento y en la grandeza de sus

ambiciones, puesto que, respecto a la crueldad, otros llegaron aun más lejos y por motivos de importancia menor. El Renacimiento no solo es una revolución cultural y filosófica, es además la suplantación del viejo orden feudal por otro que se afirma sobre principios más ágiles. En lo económico, es el triunfo de la burguesía comerciante sobre la aristocracia terrateniente, del dinero contante sobre la riqueza terrígena. El poder ya no proviene únicamente de la propiedad de la tierra, como en el orden feudal, sino del capital monetario, de fácil transplante y de extraordinaria movilidad. A medida que los burgueses se enriquecen en los negocios, en el comercio de ultramar, los nobles se empobrecen pues el rendimiento de sus propiedades no puede equipararse con las ganancias producidas por el capital financiero. La burguesía empieza entonces a escalar posiciones antes reservadas a los miembros de la aristocracia. Y los hijos de los potentados se sienten atraídos por intereses menos materiales. Por la filosofía, la ciencia o la literatura, y terminan por fundar una nueva aristocracia; la aristocracia del espíritu, la cual también obtendrá un lugar de recibo en la corte de los soberanos. En el transcurso de una o dos generaciones, los descendientes de hábiles e inteligentes comerciantes —como en el caso de los Médicis— acceden a la categoría de príncipes o a las más altas dignidades eclesiásticas. Dos estilos se enfrentan entonces: uno de ellos basado sobre los viejos principios del feudalismo, de un sistema severamente jerarquizado, cuyas bases sociales se afirman sobre los privilegios de la sangre y las concepciones religiosas de la Edad Media. Se trata de una verdadera pirámide de piedra, inamovible e inmutable, cuyos cimientos están formados por la gleba, y la cúspide por la nobleza y el alto clero. Al otro lado se yergue el espíritu burgués, el cual acepta esta estructura, pero empieza a ponerla en duda a medida que se desarrolla y cobra conciencia de sus fuerzas. Su rebeldía ideológica, si pudiéramos hablar así, se ha despertado al contacto de los preceptos del clasicismo. Los hombres del renacimiento italiano consideran la antigüedad romana como parte integrante de su pasado. Esta época que alcanza su esplendor bajo el imperio de otros principios, les permite vislumbrar las posibilidades de un cambio favorable y, acaso, de un glorioso retorno por los caminos de la historia. Evidentemente esta oposición solo llega al clímax de la violencia en Francia varios siglos después, pero ya la simiente encuentra un campo abonado para su crecimiento. Pero si los burgueses como clase tratan de asimilar y de adoptar algunas de las prácticas, usos y costumbres de la nobleza, también los nobles al final aceptan los fundamentos económicos de la burguesía. No obstante, la vida de la nobleza seguirá rigiéndose esencialmente por el concepto del honor y la de los burgueses por el dinero. Alfred von Martin señala como rasgo capital de la burguesía urbana el cálculo y la prudencia, y de la aristocracia, el amor a la guerra y al peligro. “Solo a través de los peligros cobra nuestra vida un valor”, escribía Otto des Schutlz. Mientras los caballeros se ilustran en el campo de batalla, los comerciantes aprenden los rudimentos de la contabilidad y a calcular el interés compuesto sobre la venta de sus mercancías. Poco a poco empezarán a interesarse en la compra de propiedades y castillos de los feudales arruinados. Y cuando estos últimos abandonan sus tierras por la vida ciudadana, los grandes burgueses negocian el matrimonio de sus hijos con los descendientes de los gloriosos guerreros de otros tiempos.

Este hecho ayuda a resquebrajar la sólida pirámide del feudalismo. Pero todavía subsisten grandes diferencias en las modalidades de los dos sistemas de vida. Mientras un caballero gasta su dinero en diversiones y en la práctica de ciertos deportes propios de su clase, como la esgrima y la equitación, el burgués busca su dignificación en las artes o en las ciencias. Ahora su presencia realza el brillo de las cortes. Los grandes señores tratan de conservarlos a su lado por medio de prebendas. Las gracias de los bufones han sido reemplazadas, en el gusto de la asistencia, por la representación de las obras o la lectura de los poemas de estos "parvenus" de la inteligencia y del talento. Esos orgullosos aristócratas buscan su compañía e incluso los imitan cuando sus dones intelectuales se lo permiten. Las damas, que también han obtenido un lugar preferencial en los salones, se cultivan, escriben versos, y olvidando su antigua debilidad por las demostraciones basadas en la fuerza bruta, se rinden amablemente ante las creaciones del espíritu. A la prodigalidad disparatada de la Edad Media sucede un fausto cuyo objeto es realzar la fama y el nombre de los príncipes. También los burgueses que solo conocían la manera de ganar dinero aprenden a trocar sus monedas por lujo, por comodidades y, al final, por ciertos refinamientos artísticos. Algunos llevan su osadía hasta construirse moradas que podrían rivalizar con las mansiones de los grandes.

En otros campos, en el arte de la guerra por ejemplo, el arma decisiva: la caballería, antes formada por nobles señores, cede el paso a la artillería. Y el concepto del coraje, del heroísmo, es supeditado a la efectividad de las nuevas armas y de la estrategia. Atacado por varios flancos el reino de los preceptos, reglas y convenciones inmutables, pierde sus más firmes baluartes. Y en el sacudimiento de las destartadas estructuras un conjunto de valores verdaderos, caen, estrechamente confundidos con los falsos valores. En cuanto a los otros, aquellos que soportaron la avalancha sin desfallecer y continuaron encauzando las actividades de la comunidad quedan, en el mejor de los casos, apenas sostenidos por el beneficio de la duda.

Tal vez por estas causas muchos hombres del Renacimiento nos parecen viajeros sin equipaje, solos y resueltos a construir el destino con sus propias manos. Todo proviene de la quiebra de los principios que regían ese universo, extraordinariamente compacto, estructurado y estrecho, que nosotros acostumbremos a denominar Edad Media.

César Borgia es el más auténtico producto de esta mezcla de tendencias: del antiguo y del nuevo estilo —ya que aún no es posible hablar de un nuevo orden—. El renacimiento solo representa, en realidad, el estallido de un orden superado. Es, para decirlo con otras palabras, un cambio de ritmo. El fundamento de la cultura medioeval: la Iglesia Católica, experimenta en este lapso grandes sacudidas. La autoridad del Papa es desconocida por algunos monjes y místicos alucinados, que abogan por la reforma de costumbres del alto clero. Savonarola ardiendo vivo en la Plaza de la Señoría de Florencia, solo es el testimonio de la lucha entre el bajo clero, aliado de la honesta burguesía, y los príncipes de la Iglesia. El rumor de estas luchas no podía pasar inadvertido para los espíritus despiertos. ¿Dónde encontrar, en circunstancias semejantes, valores incon-

trovertibles que impusieran un respeto coercitivo a los ambiciosos? Para muchos de los grandes señores la meta de sus deseos solo parecía señalada por los límites de su poder.

Apenas salido de la adolescencia, César Borgia cuenta en su mano todas las cartas de triunfo de que es posible disponer. Hermoso, fuerte, inteligente, educado dentro de las nuevas tendencias humanistas posee, además, la protección y ayuda de la más alta autoridad temporal y espiritual de Italia: el papa Alejandro VI. Cuando Su Santidad era apenas el apuesto y ambicioso cardenal Rodrigo Borgia, soñaba con proporcionarle el más brillante de los destinos a Juan Borgia, creyéndolo mejor dotado que su hermano César. Pero su primogénito consideró esta predilección como un obstáculo suplementario que él mismo se encargaría de eliminar más adelante. Este crimen, como la mayoría de los atribuidos a César, no ha sido probado. No obstante, conociendo al Valentino —como se denominaba a César comúnmente— y los indicios recogidos, las dudas al respecto parecen superfluas. Es importante señalarlo porque el hecho, mejor que ningún otro, nos da un retrato de cuerpo entero del personaje. Se ha dicho que el móvil del asesinato de Juan, fue los celos por Sancha de Aragón, esposa de Godofredo Borgia, o por rivalidades de otra índole. Pero lo cierto es que al cometerlo el Valentino ponía en peligro su carrera y tal vez su vida desafiando abiertamente la ira de su padre. En la vida de César se confunden con frecuencia las acciones friamente calculadas con las nacidas de un impulso: dos modalidades que él logró armonizar mejor que nadie. De esta sabia conjunción nacen sus éxitos diplomáticos y sus triunfos guerreros. Después de traicionar la buena fe del duque de Urbino, reconquista su amistad en una entrevista en la cual emplea el ruego y la amenaza, las mentiras y las zalamerías. Maquiavelo juzgará esta escena por sus resultados políticos como una obra maestra. Al mismo tiempo que maquina y realiza las más sombrías venganzas es capaz de dar muerte violenta, en presencia del mismo Papa, a uno de los servidores de Su Santidad que ha logrado seducir —valga el término— a su hermana Lucrecia. La osadía de César no tiene límites: cuando aspira al trono de Nápoles, empieza por hacer asesinar a uno de los presuntos herederos, a su propio cuñado Alonso de Aragón, segundo marido de Lucrecia. Como jefe de los ejércitos de la Santa Sede, sigue los planes estratégicos y políticos de Su Santidad mientras estos favorecen los suyos propios, y los altera cuando no satisfacen sus intereses. Es una voluntad al servicio de una causa única: la causa de César Borgia. Este apuesto, violento y hábil capitán tiene entre sus cualidades una que no lo abandonará jamás: su extraordinario coraje. Expone su vida valientemente en las batallas o en lances personales; en ocasiones la audacia y su valor lo salvan de una muerte segura. Al mismo tiempo que como buen soldado, sabe soportar estoicamente las más duras privaciones de una campaña, ama vivir en el lujo y la magnificencia. A veces despilfarra su dinero en fabulosas bacanales, pero los magníficos presentes que hace siempre tienen una finalidad política. La ostensible crueldad que demuestra contra las ciudades que le resisten también está calculada para lograr que otras se rindan por temor ante la sola presencia de sus ejércitos. La casi totalidad de sus campañas son victoriosas. Podría hacer suya la frase de Pizarro, su semejante en otros campos, a sus soldados: "Lo que no podais hacer con las

manos, hacedlo con los dientes". Nombrado confaloniero de la Santa Sede, sus ejércitos afirman el poder temporal del Papa sobre nuevos e importantes dominios. Su calidad de jefe es indiscutible: cuando los más prestigiosos y terribles "condottieri" bajo sus órdenes —acostumbrados a venderse en la mitad de una batalla al mejor postor— lo traicionan falazmente, César se vale de una celada para castigarlos, haciéndolos asesinar cuando se hallan reunidos. Lógicamente este personaje debía impresionar la imaginación de ese otro gran renacentista llamado Nicolás Maquiavelo y sugerirle *El príncipe*, la obra que posteriormente dedicaría a un miembro de la casa de Médicis. Dentro de ese clima de asesinatos, envenenamientos, traiciones, lucha e intrigas políticas, el Valentino se desenvuelve con la habilidad de un maestro. Sus planes eran, seguramente, unificar a Italia bajo el poder del papa Rodrigo Borgia, o bajo el suyo propio. Un proyecto truncado en pleno desarrollo por la muerte de Alejandro VI. Como saldo positivo de ese castillo de naipes laboriosamente construido —que fueron sus conquistas militares— y deshecho en brevísimo plazo, quedó la destrucción de muchos pequeños tiranos dueños y señores de otros tantos dominios y ciudades italianas.

El temor que inspiraba César, o su prestigio, podemos comprenderlo mejor por el revuelo que causó su destierro y las posteriores posibilidades de su regreso. La diferencia que existe entre este personaje y la simple figura de un siniestro asesino, como algunos historiadores lo presentan, es enorme. En realidad, César Borgia se explica mejor como un hombre que, dentro de las corrientes de su época, persigue la culminación de su destino.

En un corto estudio sobre la vida de Goethe, Ortega y Gasset afirma que el poeta alemán fue infiel a su destino. "El hombre —escribe— no tiene más que una vida auténtica, la reclamada por su vocación". Y según el autor español, Goethe traicionó su vocación al optar por la corte de Weimar. En esa amable y frívola comodidad Goethe empieza a "desvivirse", a no poder transpirar ni respirar por ausencia de atmósfera en ese "Gran ducado de la abstracción, de la imitación, de lo no auténtico". Nada sirve de excusa para Ortega, ni los trabajos escritos por Goethe durante este lapso, ni la capital importancia que tuvo para el teatro alemán el período pasado por Goethe como director del conjunto teatral de Weimar. En esos momentos lograba su desarrollo la corriente del "Sturm und Drang", pero Goethe, a pesar de colaborar con Schiller, permanece alejado de la Alemania real, efervescente e inquieta, y prefiere el confort y la seguridad que le prodiga el duque Carlos Augusto. El destino de Goethe era, según Ortega, revolucionar la literatura de su país y a través de ella la literatura universal; pero él olvida su vocación y en esta forma su obra permanece incompleta, como un muñón sangrante a la luz del sol. "La vida de un hombre es la lucha contra un medio externo en busca de lograr un destino". Y un hombre que —continúa diciendo Ortega— tenía que ser ladrón y por un esfuerzo de su voluntad logra no serlo, falsifica su destino.

He aquí una tesis que serviría, acaso, para explicarnos una vida como la de César Borgia, pues pocos individuos han sido como él tan fieles a su propio destino. Es cierto, un hombre no es única y exclusivamente una vocación. Es además un conjunto de posibilidades que debe

desarrollar en un ambiente determinado y dentro de un plazo fijo. La muerte, según la frase de André Malraux, convierte en destino la vida de un hombre. Solo existen dos maneras de sobrevivir: una de ellas consiste en adaptarse al medio; la otra, en conquistarlo. Esta última, de lejos la más valiosa de las dos, fue la escogida por el Valentino.

Por su padre, César pertenecía a la nobleza feudal, a la vieja estirpe de los Borgias; por su madre, en cambio, provenía de la más reciente burguesía. Esta dualidad marcó su carácter haciéndole participar de las tendencias más fuertes de las dos clases. Es esta una de las causas por las cuales su personalidad nos parece tan profundamente anclada dentro del "cinquecento", de una época —al decir de un autor— donde la conciencia individual niega toda clase de frenos.

La fulgurante carrera de César se explica, pues —si olvidamos la protección de Alejandro VI— por la unión de ciertas cualidades de la nobleza y de la burguesía, como decíamos antes, adaptadas al ritmo de su tiempo.

César Borgia, confaloniero de la Iglesia, duque de Romania, de Andria y de Valencia, ex-cardenal, ex-obispo de Pamplona, logra la muerte que mejor convenía a su destino. Hecho prisionero en Italia, después de la muerte de Alejandro VI, es enviado a España donde Fernando el Católico lo encierra en la fortaleza de Medina del Campo. Escapa y es nombrado capitán general de los ejércitos del rey de Navarra. Desde allí planea su regreso a Italia. Pero muere peleando valientemente en una emboscada que, acaso, le hizo tender el mismo rey Fernando. Es así como la muerte interrumpe la asombrosa trayectoria de su extraordinaria vocación por la lucha y por el poder.

Es cierto, desde el ángulo de una estricta moral, que las acciones de César Borgia serían difícilmente defendibles en nuestra época que tantas analogías tiene con el Renacimiento; pero conviene no olvidar que entonces la legitimidad del poder se basaba en la fuerza y que la capacidad personal justificaba todos los éxitos. El Renacimiento había heredado de la Edad Media dos graves taras: la violencia y la crueldad, las cuales unidas a ciertos valores funcionales permitieron a muchos hombres —cuando la fortuna les fue fiel hasta el final— alcanzar altos destinos. Otros murieron a mitad de camino, pero la muerte prematura es un fracaso que la historia sabe difícilmente perdonar.